

Coincidencias

A Carmela la acompañaba su fiel Pipo, perro juguetón y responsable como pocos, que sabía dónde y cuándo ayudar a su amita que, desde pequeña, no sabía el significado de la luz ni de los colores...Por suerte aprendió a salir de su casa siguiendo el ritmo de esas cuatro patas. Sus más leves señales eran sus ojos para interpretar el mundo oscuro, lleno de ruidos y perfumes variados. Ese día subía nuevamente a un vagón del metro. Apenas cerradas las puertas, escuchó todos los sonidos habituales: la voz que anunciaba las estaciones, los murmullos de la gente, el olor asociado o proporcional a la cantidad de personas que viajaban o que se amontonaban en el vagón, todo dependía de de la hora y del día...

Sin embargo esa mañana Pipo estaba distinto, sentía que se movía en forma diferente y le transmitía su excitación, casi intuyó que estaba atento a una perrita, acompañante de un ciego (igual que ella, pensó). Al “buenos días” de Carmela, le siguieron las preguntas por sus nombres, en una conversación de tono formal, como las presentaciones de cortesía que escuchaba en las novelas de la tele. El dueño de la perrita se llamaba Manuel y, con su emocionada voz juvenil, le explicaba la ansiedad que le producía ensayar su primer viaje subterráneo.

Carmela, contenta por el hallazgo, enseguida comprendió su misión para ese día: ¡ayudar a Manuel, darle confianza, transmitirle su simpatía y su experiencia en uno de los viajes de esta vida!

Tomó tan en serio su cometido, que siguió viajando, más allá de su destino inicial, hasta la última estación. Cómplices de las mismas circunstancias,

bajaron los cuatro pasajeros: los perros delante, los jóvenes, juntos, detrás.

Todos acompañados, unos contentos por la aventura de descubrir nuevos mundos, otros por el inefable sentimiento de sentirse necesarios.

Al salir, casi chocaron con Raúl, que bajaba corriendo las escaleras. Un mar de gente – esta es la peor hora del día – pensaba, mientras esquivaba a un joven extranjero con una mochila enorme y estaba a punto de chocar con una señora mayor, ocupada a su vez en hacer equilibrios con su bastón para no ser arrastrada por la multitud.

¡Que diferencias tienen las estaciones! – continuó pensando – las nuevas tienen más amplitud, se puede caminar mejor. Raúl miraba con frecuencia su reloj, casi no tenía tiempo para llegar a la cita, en el lugar de siempre, con Jerónimo.

Su amigo era colombiano, hacía varios años que vivía en España pero cuando tenía alguna dificultad... lo llamaba para pedir auxilio.... Sabía que siempre encontraría alguna forma de ayudarlo.

Por suerte el tren llegó rápido y, además, encontró un asiento vacío, donde se dedicó a leer el periódico gratuito que recién le habían dado. Dos noticias resaltaban: la corrupción inmobiliaria en dos municipios más, agregándose a la ya larga lista y el fútbol, los partidos del día anterior, un domingo de gloria para unos y de pena para otros, como siempre, hay ganadores y perdedores... ¡así es la vida!

A su lado viajaba un niño con su mochila del colegio, mascando chicle, que pedía, más bien rogaba a su madre para que bajaran antes de la estación de destino. ¿Sería para comprar algo especial? –pensó Raúl.

La madre, se negaba con insistencia, sin dar demasiadas explicaciones, hasta que, inevitablemente, todos los pasajeros cercanos se enteraron: Andrés quería ir a buscar a un cachorrito, recién nacido. Y, por lo visto, no era fácil convencerlo de las dificultades y de los problemas para cuidarlo y atenderlo como Dios manda, más que nada por el tamaño de las viviendas actuales y los padres que trabajan. En fin, todas las cosas que suelen pensar los adultos y que ni se les ocurren a un niño ilusionado.

Llegaron finalmente al final del trayecto, todos bajaron del vagón, incluso Andrés y su madre. El reclamo del niño quedaba en suspenso ¿quién ganaría finalmente la batalla?

Raúl llegó a tiempo, como siempre, su amigo le estaba esperando, pero esta vez con un cachorrito negro, peludo, juguetón. Se lo habían regalado pero no sabía qué hacer con él, no tenía niños, no tenía familia, sólo amigos y no había podido negarse, es más, había pensado que sería una buena compañía.

Hoy era el día de las coincidencias, pensó, mientras giraba su cabeza para mirar, por última vez, al niño y su madre, fugaces compañeros de viaje, que ya caminaban por la acera opuesta.